

J.G. BALLARD
COMPañÍA
DE SUEÑOS
ILIMITADA



Las visiones de un hombre que sobrevive a la muerte transforman la naturaleza de una tranquila ciudad inglesa. Tras estrellarse un avión en el Támesis, a la altura de Shepperton, el joven piloto que logra salir a la superficie parece haber vuelto de entre los muertos. A las pocas horas, los buitres se posan en los tejados, una exuberante vegetación recubre las calles silenciosas, y los habitantes del lugar se desbocan, empujados por las visiones del joven superviviente, en celebraciones sexuales en honor de un clímax apocalíptico...

1. La llegada de los helicópteros

Ante todo, ¿por qué me apoderé del avión?

Si hubiera sabido que apenas diez minutos después de haber despegado del aeropuerto de Londres la máquina en llamas se precipitaría en el Támesis, ¿habría subido a la cabina? Quizá ya en ese momento tuviera una confusa premonición de los sucesos que ocurrirían durante las horas que siguieron a mi rescate.

De pie aquí, en el centro de este desierto pueblo ribereño, veo mi equipo de aviador hecho jirones reflejado en los escaparates de un supermercado vecino, y recuerdo con claridad el momento en que me introduje en aquel hangar sin vigilancia. Hace siete días tenía la mente clara y tersa como el techo de acero sobre mi cabeza. Mientras me ajustaba el cinturón de seguridad en el asiento del piloto, sabía que toda una vida de fracasos y proyectos frustrados estaba por fin a punto de esfumarse ante la más simple, la más misteriosa de todas las acciones: ¡volar!

Sobre los estudios cinematográficos giran helicópteros. Pronto la policía aterrizará en este centro comercial vacío, sin duda ansiosa por interrogarme sobre la desaparición de todos los habitantes de Shepperton. Sólo deseo verles las caras cuando descubran el modo asombroso en que he transformado este pueblo pacífico.

Alarmados por los helicópteros, los pájaros remontan el vuelo, y sé que ha llegado el momento de irme. Millares de aves me rodean, llegadas desde todos los rincones del mundo: flamencos y fragatas, halcones y albatros de alta mar, como escapados de las jaulas de un zoológico bien

provisto. Se posan en los pórticos de los puestos de gasolina, se disputan un lugar sobre los techos recalentados de los automóviles. Cuando me apoyo contra un buzón, y procuro componer los jirones de mi equipo de vuelo, el águila real que custodia esas cartas que nadie recogerá intenta picotearme las manos, como si hubiera olvidado quién soy y quisiera examinar a este piloto solitario que el viento ha depositado en las calles desiertas. El bárbaro plumaje de las cacatúas, los guacamayos, los ibis de color escarlata, cubre el centro comercial: un vívido lazo que me gustaría ajustarme a la cintura. En pocos minutos, mientras me aseguraba de que ya no quedaba en el pueblo ninguno de mis vecinos, el centro de Shepperton se ha convertido en una pajarera espectacular, una inmensa reserva de volátiles gobernada por los cóndores.

Sólo los cóndores permanecerán conmigo hasta el final. Dos de esos grandes rapaces me observan desde el techo de hormigón de un garaje. Tienen la punta de las alas manchada de hongos, y el pus de la carne en putrefacción relumbra entre las garras, oro de carroña en las zarpas de ávidos cambistas. Como todos los pájaros, parecen dispuestos a atacarme en cualquier momento, enardecidos por los helicópteros y por la herida todavía abierta en mi pecho.

A pesar de estas amenidades suburbanas, desearía poder quedarme más tiempo aquí y adaptarme a lo que ha ocurrido, a las consecuencias que nos atañen a todos nosotros, y que se prolongan mucho más allá de los límites de este pueblo, a veinticinco kilómetros al oeste de Londres. A mi alrededor, las calles están silenciosas en la luz crepuscular. Hay juguetes caídos junto a las puertas de los jardines, que los niños dejaron caer allí mismo cuando huyeron hace una hora. Uno de mis vecinos ha olvidado parar el irrigador del césped: gira infatigable, proyectando una serie de arco iris inmaculados sobre el estanque que adorna el jardín, quizá con la esperanza de enlazar algún pez espectral.

—¡Señora St Cloud...! ¡Padre Wingate...!

Ya los echo de menos: la viuda que procuró financiar mi curso en la escuela de aviación, el sacerdote que encontró mis huesos en el lecho del río.

—¡Miriam...! ¡Doctora Miriam...!

La joven médica que me revivió cuando yo me estaba ahogando.

Todos me han dejado ahora. Hago señas a los pájaros para que me sigan y atravieso el centro comercial. En la costa hay un escondrijo donde podré esperar hasta que los helicópteros se vayan. Por última vez alzo la mirada hacia la vívida vegetación tropical que forma el singular horizonte de Shepperton. Orquídeas y helechos abruma los techos del supermercado y de la gasolinera; palmitos de hojas dentadas invaden los escaparates de la ferretería y la tienda donde se alquilaban aparatos de televisión; mangos y magnolias infestan los jardines antes tan austeros, transformando en un rincón de alguna remota ciudad amazónica este apacible pueblo suburbano donde me estrellé hace apenas una semana.

Los helicópteros están más cerca ahora: van y vienen matraqueando sobre las calles desiertas, junto a los estudios cinematográficos. Los prismáticos de los tripulantes apuntan a las casas vacías. Pero aunque los habitantes se han ido, todavía los siento en mi cuerpo. En el escaparate de la tienda de artículos para el hogar, veo que mi piel brilla como la de un arcángel, iluminada por los sueños de las amas de casa y las secretarias, los actores de cine y los cajeros de banco que duermen en mi interior, a salvo en los dormitorios de mis huesos. A la entrada del parque se alzan los monumentos que erigieron en mi honor antes de embarcarme en un último vuelo. Con risueña ironía alzaron esos santuarios: minúsculas pirámides de máquinas lavaplatos y aparatos de televisión, templetos de tocadiscos ornamentados con girasoles, calabazas y pérsicos, los materiales más adecuados que estos peregrinos pudieron encontrar para demostrar cuánto me quieren. Cada uno de esos

templetes contiene un trozo de mi equipo de aviador o un fragmento del aparato: reliquias de nuestros vuelos en los cielos sobre Shepperton y de la máquina voladora de propulsión humana que siempre quise construir y que ellos me ayudaron a armar.

Uno de los helicópteros que gira explorando el centro del pueblo está muy cerca de mí. El piloto y el oficial de ruta ya han visto el brillo de mi piel entre los árboles. Pero todo ese afán es inútil; más valiera que salieran de la máquina, en pleno vuelo. Pronto serán incontables los pueblos abandonados. A lo largo del valle del Támesis, en toda Europa y en las Américas, a través de Asia y de África, diez mil suburbios semejantes irán vaciándose a medida que los habitantes emprendan sus primeros vuelos de propulsión humana. Sé que estos apacibles caminos arbolados son pistas posibles para que todos nosotros remontemos vuelo hacia los cielos en cuya busca zarpé hace siete días, cuando dirigí mi avión liviano hacia el espacio aéreo de este pueblecito junto al Támesis, en el que me precipité huyendo tanto de mi muerte como de mi vida.

2. Me apodero del avión

Viví el último año acosado por la obsesión de volar.

Durante el verano había trabajado en el aeropuerto de Londres en la limpieza de los aviones. A pesar del ruido incesante y de los millones de turistas que pululaban en las terminales, yo estaba completamente solo. Rodeado de aviones estacionados, avanzaba por los pasillos desiertos con mi aspiradora, recogiendo los desechos de los viajes, restos de comidas, píldoras sedantes y anticonceptivos, reliquias de llegadas y partidas que me enfrentaban con todos mis incumplidos sueños de llegar a alguna parte.

Ya a los veinticinco años sabía que los últimos diez años de mi vida habían sido una zona de desastre. Cualquiera que fuese el curso que yo emprendiera, por más empeño que pusiese en seguir el rumbo que me señalaba la brújula, siempre iba a dar contra el primer muro de ladrillos. Por algún motivo tenía la impresión de que aunque no dejara de ser yo mismo representaba un papel que hubiese debido asignarse a algún otro. Sólo mi actuación compulsiva, disfrazado de aviador con el equipo blanco que había encontrado en uno de los armarios, alcanzaba a tocar los bordes de una suerte de realidad invisible.

A los diecisiete años me habían expulsado de la última de media docena de escuelas. Siempre había sido agresivo y perezoso, empeñado en considerar el mundo como una tediosa conspiración de la que no deseaba participar. De niño, me había lastimado en el choque de automóviles en que había muerto mi madre, y el hombro izquierdo me había quedado un poco inclinado hacía arriba, lo que pronto

exageré en una actitud de combativa arrogancia. Mis compañeros de escuela se divertían imitándome, pero yo no los tenía en cuenta. Me veía a mí mismo como una nueva especie de hombre alado. Recordaba el albatros de Baudelaire, hostigado por los marineros, e incapaz de caminar sólo a causa del peso de las alas.

Todo avivaba mi imaginación de manera extraña. La biblioteca de ciencias de la Facultad, gracias a un profesor de biología muy ilustrado, era una cornucopia de posibilidades extravagantes. En un diccionario de antropología descubrí un curioso y conmovedor rito de fertilidad: los aborígenes de la tribu cavaban un agujero en el desierto y se turnaban para copular con la tierra. Profundamente impresionado por esta imagen, quedé suspendido en una especie de deslumbramiento, hasta que una medianoche procuré tener un orgasmo con el más venerado de los campos de *cricket*. Me descubrieron en un resplandor de linternas, borracho, tendido sobre el campo violado, entre un montón de botellas de cerveza. Curiosamente, el intento me pareció menos absurdo que a mi atribulado profesor.

La expulsión apenas me hizo mella. Desde la adolescencia estaba convencido de que alguna vez haría algo extraordinario, que me asombraría a mí mismo. Conocía el poder de mis sueños. Tras la muerte de mi madre, me había educado en parte junto a una hermana de ella que vivía en Toronto, y el resto del tiempo junto a mi padre, un exitoso cirujano oculista que vivía consagrado a su profesión y que nunca parecía reconocermelo del todo. A decir verdad, había pasado tanto tiempo en jets transatlánticos que mi única educación programada había sido la de las películas exhibidas a bordo.

Después de un año en la Universidad de Londres fui expulsado de la Facultad de Medicina: una tarde, mientras disecaba un tórax en el laboratorio de anatomía, tuve la súbita certeza de que el cadáver estaba todavía vivo. Persuadí a un aterrorizado estudiante de que me ayudara a reanimar el

cadáver llevándolo de un lado a otro por el laboratorio y haciéndolo saltar como una rana. Todavía estoy casi seguro de que lo hubiéramos conseguido.

Repudiado por mi padre —nunca me había sentido muy ligado a él, y a menudo imaginaba que mi verdadero padre era uno de los primeros astronautas, y que el semen de mi concepción había madurado en el espacio exterior: personaje mesiánico nacido en el vientre de mi madre por obra de un universo fecundo—, inicié una carrera de obstáculos cada vez más vertiginosa. Frustrado aspirante a piloto mercenario, malgrado novicio jesuita, autor inédito de relatos pornográficos (pasé muchos febriles fines de semana telefoneando a oficinas desiertas de Londres, y dictando a los contestadores automáticos extraordinarias fantasías sexuales, para que candorosas secretarías mecanografiaran y las pasaran a ejecutivos perplejos), a pesar de todos esos fracasos conservaba una fe obstinada en mí mismo: Mesías aún sin mensaje que alguna vez se construiría una identidad única con este rompecabezas incompleto.

Durante seis meses trabajé en las pajareras del zoológico de Londres. Las aves me enloquecían con su parloteo y sus chillidos incesantes, pero aprendí mucho de ellas y fue entonces cuando el vuelo de propulsión humana empezó a obsesionarme. En una ocasión la policía me detuvo por mi conducta escandalosa en un parque infantil cerca del zoológico, en el que pasaba buena parte de mi tiempo libre. Una tarde de lluvia, poseído por un complejo de flautista de Hamelin, creí con sinceridad que podría guiar a los veinte niños, junto con las madres azoradas, los pocos perros que deambulaban por allí y aun las flores goteantes hasta un paraíso que —en caso de que pudiera encontrarlo— estaba a pocos metros de nosotros.

Cuando salí del tribunal —absuelto por un magistrado comprensivo— me abordó una exazafata que trabajaba de camarera en el bar de un hotel del aeropuerto y poco antes había sido condenada por ejercer la prostitución en la ter-

minal sudeste del aeropuerto de Londres. Era una mujer atractiva, vivaz, y con gran acopio de extrañas anécdotas sobre las actividades sexuales en los aeropuertos internacionales. Arrebatado por esas visiones, de inmediato le propuse matrimonio y me mudé al apartamento que ella alquilaba cerca de Heathrow. Por entonces, la idea de construir un artefacto aéreo de propulsión humana era ya mi obsesión. Planeaba el primer vuelo alrededor del mundo y me veía como el Lindbergh y el Saint-Exupéry de esas nuevas máquinas. Empecé a visitar a diario el aeropuerto para observar los aviones y los millares de pasajeros que subían al cielo. Los envidiaba: envidiaba esas vidas tan ordinarias, enaltecidas por el increíble sueño de volar. El sueño de volar era cada día más acuciante. Después de pasar unas pocas semanas en las terrazas de observación, encontré empleo en las cuadrillas de limpieza de aviones. En la parte sur del aeropuerto había una sección reservada para las máquinas ligeras. Yo pasaba todo el tiempo libre en los hangares, sentado ante los controles de esas máquinas fatigadas por los vientos pero elegantes, complejos símbolos que movían en mi mente toda clase de resortes. Un día, aceptando la lógica de mis sueños, decidí que también yo volaría.

Así empezó mi verdadera vida.

Lo cierto es que, cualquiera que fuese por entonces mi motivo, aquella mañana había ocurrido algo que me había perturbado profundamente. Mientras observaba a mi prometida, que se vestía en el dormitorio, sentí la súbita urgencia de abrazarla. Su uniforme llevaba unos adornos que aludían a los vuelos y siempre me divertía el modo en que ella se ponía ese grotesco disfraz. Pero mientras la estrechaba contra mi pecho, comprendí que no me impulsaba el menor afecto, sino la literal necesidad de apretarla hasta deshacerme de ella. Recuerdo la lámpara junto a la cama, que cayó a nuestros pies derribada por un movimiento de

su brazo. Cuando empezó a golpearme la cara con unos puños duros, permanecí junto a la cama, sofocándola contra mi pecho. Sólo cuando se desplomó ante mis rodillas, advertí que había estado a punto de matarla, pero sin la menor traza de odio o de furia.

Después, sentado en la cabina del Cessna, enardecido por la máquina que cobraba vida tosiendo y rugiendo, fui consciente de que no había querido hacerle daño. Pero al mismo tiempo recordaba el mudo terror de su rostro mientras permanecía sentada en el suelo. Estaba seguro de que acudiría a la policía.

Esquivando apenas un avión detenido, despegué en una de las pistas transversales. Había observado a los mecánicos cuando ponían en marcha las máquinas y con frecuencia los había importunado para que me permitieran sentarme junto a ellos cuando se desplazaban por los hangares. Varios de ellos eran pilotos habilitados y me habían informado de cuanto necesitaba saber acerca de los controles y los botones de mando. Lo extraño era que, ya en el aire, volando sobre los automóviles en hileras, las fábricas de material plástico y los depósitos que rodeaban el aeropuerto, no tenía la menor idea de adonde ir. Y aun en esos momentos sabía con claridad que me atraparían y me juzgarían por apoderarme del Cessna después de haber intentado asesinar a mi prometida.

Como me había olvidado de levantar los alerones, no pude remontar el avión a más de doscientos metros, pero la idea de volar a baja altura siempre me había entusiasmado. Unos ocho kilómetros al sur del aeropuerto el motor comenzó a recalentarse. Pocos segundos después se incendió y un humo ardiente llenó la cabina. Abajo había un plácido pueblo ribereño, de arboladas calles suburbanas y un centro comercial que ocupaba un amplio recodo del río. Vi unos estudios cinematográficos y un grupo de técnicos junto a las cámaras en un parque. Unos cuantos biplanos vestustos estaban dispuestos junto a un hangar de utilería. Ac-

tores vestidos con equipos de cuero de la primera guerra mundial alzaron hacia mí unas miradas azoradas cuando pasé sobre ellos, arrastrando una inmensa pluma de humo. Un hombre de pie sobre una plataforma en una torre de metal sacudió el megáfono apuntándome, como tratando de incorporarme a la película.

Para entonces, el aceite ardiente que llenaba la cabina me chamuscaba la cara y las manos. Resolví dirigir el avión hacia el río: prefería ahogarme a quemarme vivo. Un kilómetro adelante, más allá de unas pistas de tenis y un parque bordeado de álamos secos, una vasta mansión Tudor se alzaba en una pendiente que se deslizaba hacia las aguas.

Mientras el avión cruzaba el parque, las llamas me consumían los zapatos. Glicol vaporizado subía por las perneras de mis pantalones. Sentí que me abrasaba las piernas y que mis testículos estaban a punto de hervir. Las copas de los árboles pasaban velozmente a uno y otro lado. El tren de aterrizaje desmenuzaba las frágiles ramas superiores de los álamos secos, y desde ellos una nube de golondrinas salía proyectada como fuego de metralla. La palanca de mando se me desprendió de las manos. En el último momento grité al río que se precipitaba hacia mí. Partido en el aire, la cola atascada en las ramas, el avión se zambulló en el agua. La espuma y el vapor atravesaron el fuselaje con una explosión: los duros proyectiles me golpearon el rostro. Arrojado sobre el arnés, sentí que mi cabeza se estrellaba contra la puerta de la cabina, pero sin la menor sensación de dolor, como si mi cuerpo perteneciera a algún pasajero. Sin embargo, estaba seguro de no haber perdido nunca la conciencia. En seguida el avión empezó a hundirse. Mientras procuraba desasirme del equipo, luchando con la hebillas poco familiar, unas aguas negras e hirvientes inundaron la cabina y remolinearon codiciosas a mi alrededor. Supe que moriría ahogado en unos pocos segundos.

En ese instante tuve una visión.

3. La visión

Sostenido por las alas, el avión yacía pasivamente en el agua. Una inmensa nube de vapor brotaba del motor hundido y avanzaba hacia la orilla. La nariz del aparato sobresalía apuntando al aire, y el río lamía con languidez el parabrisas roto delante de mi cara. Solté la traba de mi equipo y cuando trataba de abrir la puerta de la cabina una escena me llamó la atención.

Creía estar contemplando un enorme cuadro iluminado a la vez por el agua en movimiento y por un profundo fulgor que atravesaba la tela. Lo que me sorprendió, al empujar la puerta contra la corriente, fue la intensa claridad de todo. Ante mí, en la cima de la pendiente, se erguía la mansión Tudor, construida en parte con madera. Unas cuantas personas me observaban, como figuras dispuestas por el artista en un cuadro clásico. Ninguna de ellas se movía, como petrificadas por el avión en llamas que había desgarrado el cielo vespertino para caer en el agua al pie de la pendiente.

Aunque nunca había estado en ese pueblo —Shepperton, suponía, por la presencia de los estudios cinematográficos—, creí reconocer aquellos rostros, convencido de que eran un grupo de actores que descansaban entre una toma y otra. La figura más próxima era una joven morena que llevaba un guardapolvo blanco de laboratorio y jugaba distraídamente con tres niños, al borde de la pendiente orlada de espuma. Los niños, dos varones y una niña, estaban sentados en el columpio, como monos apeñuscados sobre una percha, sonriendo y a la expectativa de cualquier juego que

la muchacha pudiera sugerirles. Me observaban con el rabillo del ojo, como al tanto de lo que ocurría: parecían haber esperado el día entero a que yo depositara mi avión sobre las aguas frente a ellos. El más pequeño tenía unas prótesis metálicas en las piernas y de cuando en cuando silbaba mirándose los pies pesados, como instándolos a que patearan el aire. El otro niño, mongólico de cráneo enorme, susurraba algo a la niña, una criatura bonita de mejillas pálidas y ojos misteriosos.

Sobre ellos, en una alta ventana de la mansión, se veía una hermosa mujer de mediana edad, con un vacuo rostro de viuda: la madre, supuse, de la joven del guardapolvo blanco. Sostenía la cortina de brocado con una mano, el cigarrillo olvidado en la otra, como preguntándose si la violencia de mi llegada no podría precipitarla hacia abajo, junto conmigo. Llamaba a un hombre de barba que frisaría los sesenta, sentado en la playa estrecha que me separaba del borde de la pendiente. Sin duda era una especie de arqueólogo, rodeado de un caballete, un cesto de paja y unas bandejas para muestras. El cuerpo fuerte pero entrado en carnes estaba encasetado en una sillita de lona. Aunque tenía la camisa empapada por el agua que el avión había salpicado al caer, clavaba los ojos en algo que le había llamado la atención en la playa.

El último de estos siete testigos era un hombre de treinta años de edad, sin más vestimenta que un pantalón de baño; de pie en el extremo de un muelle de hierro forjado que avanzaba hacia el río desde el grupo de hoteles más allá de la mansión. Estaba pintando la barquilla de una rueda giratoria en miniatura, parte de un parque de atracciones infantil instalado en el ruinoso muelle eduardiano. Se detuvo, esgrimiendo el pincel, y con absoluta presencia de ánimo me miró casualmente por encima del hombro, exhibiendo el pelo rubio y el cuerpo musculoso y espectacular de un atleta cinematográfico.